

MIRET MAGDALENA

EL AÑO DE LA "CONTESTACION"

No hay duda: 1968 ha sido —en la Iglesia y fuera de ella— el año de la «contestación». Y en él este feo galicismo ha hecho furor. Hasta el Papa lo ha repetido en un discurso suyo.

Muchos —en particular la juventud, la clase obrera y el tercer mundo— se hallan en desacuerdo con las estructuras que tiene la sociedad en que viven. Y no se limita el fenómeno a este país o a aquél, sino que es un fenómeno general, que hasta los más prudentes gobernantes —eclesiásticos o civiles— aluden a él con preocupación.

Ya no nos conformamos casi nadie —ante la envergadura de este proceso de inconformismo— con las explicaciones que se nos dieron muchas veces: «la juventud siempre fue rebelde»; «la clase obrera es incitada por demagogos de oficio»; «los hombres sin religión no tienen respeto a nada...».

El fenómeno es tan claro y tan nuevo en la historia de los hombres, que es preciso enfrentarlo con algo más que con frases tranquilizantes o con medidas violentas. Porque las primeras son superficiales, al no ahondar en el verdadero fondo del problema que este síntoma revela. Y las segundas son, a la larga, ineficaces porque dejan el problema sin resolver, ya que envolver el fuego en cenizas no es apagarlo, sino conservarlo oculto y siempre propicio a brotar con más fuerza.

Pero limitémonos a hablar de la Iglesia.

Setecientos cuarenta y cuatro laicos católicos franceses, hace poco más de un mes, escribieron una carta a Pablo VI encabzándola en estos términos: «A Pablo, nuestro hermano Papa, sucesor de Pedro, obispo de Roma, servidor de los servidores de Dios, al que amamos en la verdad».

Excelente entrada en materia: la autoridad que le reconocemos todos los católicos al responsable máximo de la Iglesia es una autoridad moral, de servicio, de hermandad; incluso del más modesto y sencillo servicio, como es el de servir a los que son ya servidores, como lo somos todos en la Iglesia, hasta el más sencillo fiel que andamos por la calle.

Y estos escritores, dirigentes sociales, sindicalistas y proletarios —en un tono desgarrado— afirmaban lo que tantos «contestadores» llevan dentro:

1) «Que la Iglesia no respeta a los hombres..., porque habla predominantemente de todo: de filosofía, de ciencia, de medicina, de la naturaleza o de la economía...; con lo cual el Evangelio, así disfrazado, no es aceptado por nuestros contemporáneos».

2) «No sigue a Cristo en su pobreza, porque el poder del dinero le impide denunciar la alienación que él trae consigo y que es el mal actual de la humanidad».

3) «La Iglesia, fraternidad eclesial, es falseada por la Iglesia, sociedad eclesial».

El fino teólogo y escritor R. Laurentin —que no escatima sus críticas a la estructura eclesial actual— consideraba, en buena parte, ineficaz esta carta, por el tono agrio adoptado.

Y por eso, como reacción, informa la prensa francesa que un grupo de 16 conocidos escritores católicos franceses, entre los que se encuentran los filósofos Gilson y Marcel, el orientalista profesor Olivier Lacombe, el novelista y periodista Mauriac, y otros cuantos literatos e historiadores, han escrito un contra-documento, profundamente sentimental, en el que se le dicen al Papa cosas como éstas: «Le hacemos llegar, a nuestro Santísimo Padre, nuestra tristeza y nuestro escándalo ante los ataques de que, contra vuestra persona y enseñanza, sois objeto». Y más adelante: «Protestamos contra las acusaciones de riqueza y de triunfalismo que hubieran estado justificadas en la época de la Reforma protestante, pero no ahora esgrimidas contra una Iglesia de la que sabemos su desprendimiento».

Resultado de esta situación de fondo —y no de esta batalla manifiesta entre izquierdas y derechas en la Iglesia— es, según Laurentin, «una hemorragia silenciosa», que se produce en ella. Cristianos retrógrados y avanzados se retiran de la Iglesia, casi sin darnos los demás cuenta: unos porque la ven demasiado cambiante, y los otros por todo lo contrario, porque la ven inmóvil y sin flexibilidad alguna para resolver los problemas que se le han echado encima, en avalancha, tras el Concilio. Otros,

dentro de ella, hacen oficio de «contestadores» sin desmayo.

Pablo VI, sin embargo, parece haber entrado en una nueva fase de más serenidad, ante todo ello, y —con ese lenguaje sutil de la diplomacia vaticana— ha dado muestras de haber atendido estos requerimientos «contestadores», y —sobre todo— de percatarse de la necesidad de un profundo cambio y adaptación en la Iglesia, en vez de asustarse por tanta rebeldía.

El 23 de diciembre —terminando este difícil y descorazonante año 1968— el Papa ha hecho un balance positivo de estas corrientes, que pugnan entre sí, dentro del mundo católico.

Y da respuesta en él a las críticas dirigidas contra la *Humanae Vitae* haciéndose «eco de las diferentes reacciones suscitadas...; que las hemos tenido en cuenta con la intención de darles respuesta oportunamente...», sobre todo en el plano práctico-pastoral».

Respecto a las críticas contra la Curia romana, recoge el desafío popular, y —con fina palabra— les pide a los curiales vaticanos: «Deseamos que el orden, la competencia, la rapidez y la delicadeza de sus servicios, así como la integridad, desinterés y humildad con que cada miembro de la Curia cumpla su cometido, será la mejor apología de esta Curia». Como se ve, no escatima Pablo VI tocar puntos delicados como el de la «integridad» de las personas y su «desinterés»; temas que, tocados por nosotros, hubieran levantado una ola de protestas.

Y, por último, recalca su comprensión de los «contestadores», y les explica —a ellos y a los duros defensores de la conservación— que «a veces no se nos comprende bien, siendo mal interpretadas nuestras palabras e intenciones». Porque —contra lo que parece a unos y a otros— «no tiene —el Papa— una provincia española, diciéndome que estos tiempos que ves el temor de que algunos se desvíen del recto camino, pero este temor —que es por amor a las personas— no es ningún lamento, como el de aquel arcipreste que me escribía, desde una provincia española, diciéndome que, estos tiempos que vivimos son los más calamitosos para la Iglesia católica».

No piensa de esta manera quejumbrosa Pablo VI, aunque estos conservadores lo crean así, ya que el propio Papa desmiente esa pesimista interpretación. Ni tampoco se hace la víctima, como le presentan esos 16 escritores católicos franceses.

Por eso —y para empezar mejor el Año Nuevo— recomendaría yo a mis lectores la reflexión de dos libros muy dignos de meditación: uno, escrito en el tono serio, propio de los teólogos, y el otro, en el alegre —y aparentemente superficial— de los anglosajones.

El primero es de un profesor católico, H. Borgert, y se titula «Hacia una Iglesia más secular». En el libro plantea, este teólogo, la simplificación y adaptación que pedía para todas las instituciones actuales el profesor inglés C. N. Parkinson con su célebre *Ley de Parkinson* —cuya lectura también recomiendo—, y con el que demostraba que, cuanto más grande se hace una institución, más personal y más órdenes se creen necesitar, y menos se arreglan las cosas.

Lo que nos hace falta, ante el *desbarajuste* de nuestras estructuras eclesialísticas y eclesiales, no es más y mejor pertrechados dirigentes, empleados y servidores —llámense obispos, clérigos o fieles—, sino menos. Porque, con tanto número y tanta complicación estructural, nos estamos desorientando todos.

¿No habría que meditar, seriamente y de una vez —y como resultado del año 1968—, la frase evangélica de que su Iglesia es «una pequeña grey» y no un *super-organismo* al borde de la inflación? ¿No sería ésta la causa de la principal «contestación» que se hace contra la Iglesia, por sus dimensiones teratológicas que ahogan a muchos hombres?

El mensaje a los «contestadores» es creer en una *Iglesia fermento*, pero no querer una Iglesia que gobierne dominando a fuerza de leyes, órdenes y personajes burocráticos. Creer en una modesta y sencilla comunidad, o comunidades vitales, espontáneamente creyentes en el amor, que olviden todo triunfalismo conquistador, y se limiten a difundir mensajes, testimonios o denuncias proféticas, de amor y justicia. Quieren impregnar nuestro catolicismo de semilla humana, mucho más racional y más responsable, haciendo apelación a la conciencia personal más que a la norma exterior, a la decisión responsable más que a las órdenes burocráticas, doctrinales o pastorales.